

Viernes XXV del TO
Ciclo B

27 de septiembre de 2024

Ecli 3, 1-11

Sal 143

Lc 9, 18-22

P. Eduardo Suanzes, msp

En la Primera Lectura el sabio Qohelet afirma: *«Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo: Su tiempo el nacer... el morir; el plantar, el arrancar lo plantado [...] ¿Qué gana el que trabaja con fatiga?»*.

El autor sumerge al hombre en el espacio y el tiempo que no controla, siendo la creación y los avatares de la historia superiores a los deseos del ser humano, abrumado por su propia pequeñez. Si todo tiene su tiempo y Dios es el dueño de la creación y de la historia ¿para qué esforzarse? ¿Qué sentido tiene? ¿Está, pues, el hombre irremediabilmente sometido a una fuerza exterior que le determina en todo momento? ¿Dónde se sitúa, pues la esperanza?

Estos versos han servido a los «fatalistas» y a los «deterministas» a esbozar sus propias teorías de que todo ya está trazado, que existe un hilo conductor en la historia del hombre que éste no puede cambiar: todo está ya determinado: que tal o cual cosa sucede porque así Dios lo ha querido. Pero esto no es así, porque el hombre puede y debe a veces determinar el curso de su existencia. Dios le ha dado al ser humano la libertad para ejercitarla y no como un apéndice cuyo destino es el de estar atrofiado.

Desde Jesús, los grandes místicos han sabido interpretar la gran responsabilidad del ser humano a la hora de vivir su existencia de frente a Dios y a sus hermanos. San Juan de la Cruz, por ejemplo, en una maravillosa poesía, escribe que el hombre no está determinado, que todo depende de la esperanza que resida en su corazón; que ha de estar al acecho para que no se le escape la ocasión cuando llegue y aprovecharse de ella y volar hasta el límite de sus posibilidades; dice:

*«porque esperanza de cielo
tanto alcanza cuanto espera»¹*

Aquí, el Santo subraya la presencia y la permanencia de la esperanza a lo largo de su vida en relación con Dios que lo impulsa a alcanzar aquello en la medida que lo desea, que lo espera: en realidad, es la virtud que lo ha de sostener en toda su trayectoria. La esperanza es el detonante del inicio de la búsqueda humana, lo mantiene en el camino y, por fin, lo lleva a su realización plena². La esperanza, además de ser una virtud fundamental (junto a la fe y al amor) es, además, la necesaria disposición para el psiquismo humano, porque es

¹ JUAN DE LA CRUZ. *Tras de un amoroso lance, estrofa 4ª, vers.2ª*

² SALVADOR ROS GARCÍA. *El camino místico de San Juan de la Cruz: «Tras de un amoroso lance»*. En Revista de Espiritualidad, 52, 1993

la que suscita el deseo en nuestro interior en el querer cambiar las cosas. «El deseo constituye la parte integral de la esperanza»³. Decía Heráclito que «**quien no espera no encontrará jamás lo inesperado**»⁴. Dios siempre sorprenderá al ser humano en cualquier esquina del camino: pero hay que esperarlo, de lo contrario pasaremos de largo. Cuanto más se espera de Dios más se alcanza de él⁵ y cuanto más el hombre espera su realización como persona más la llega a poseer, y, por lo tanto, más feliz será, porque cuanto más se desea más se posee⁶.

El Evangelio de hoy, empieza el relato advirtiéndolo que Jesús estaba orando, como siempre que va a decir o hacer algo verdaderamente importante. Es curioso que el texto dice que el único que estaba orando era Jesús, y además solo, aunque los discípulos estaban allí⁷.

¡Qué maravilloso constatar que nada de lo que fue y predicó Jesús puede explicarse sin su intimidad con el Padre, sin su oración! La forma en que Jesús habla de Dios como salvación, se inspira directamente en su experiencia personal. La experiencia básica de Jesús fue la presencia de Dios en su propio ser. Jesús experimenta que Dios es todo para él y él todo para Dios. Es consciente de la fidelidad de Dios-amor y respondió vitalmente a esta toma de conciencia.

Jesús les lanza la pregunta: «¿quién dice la gente que soy yo?». Ciertamente, por las respuestas de sus discípulos, la opinión de la gente indica ya una alta consideración de la persona de Jesús, pero está muy lejos de acertar en el pronóstico. La opinión de los doce, manifestada por Pedro, parece a primera vista acertada; pero no nos debemos dejar llevar por lo que para nosotros ahora significa esa expresión. Para el Israel de Jesús «*Mesías*, es decir, *el Ungido de Dios*», era la manera de designar al que el pueblo de Israel esperaba. Es decir, un Mesías nacionalista que traería la salvación política, económica y religiosa para todo el pueblo y que lo pondría por encima de sus enemigos. Por eso Jesús les ordena «**severamente**», que no divulguen esa idea, que no lo dijeran a nadie. ¿Por qué? Porque esa opinión es también falsa.

A continuación se nos propone la verdadera figura del Mesías. El Mesías se convierte en «*Hijo de hombre*», el modelo de hombre, el ser humano que vive su plenitud. No es el triunfador, el poderoso, el que está por encima de los demás, sino el que aguanta, el que sufre, el que tiene que padecer las iras y rencores de los suyos, el humillado y despreciado, precisamente por no renunciar a ser «humano». Y todo esto hasta el extremo, hasta perder la vida por mantener esa actitud. Es el anuncio de la pasión. El que quiera adherirse al Mesías, no tiene más remedio que emprender el mismo camino. No hay alternativa posible⁸.

³ RYSZARD GROŃ. *Esperanza y deseo en San Juan de la Cruz*. Pamplona, 1997

⁴ HERÁCLITO DE ÉFESO, filósofo, siglo VI-V a.C. Aforismos de Heráclito recopilados en Diels-Kranz, 18

⁵ Cfr. también JUAN DE LA CRUZ. *Subida* III, 7,2; 15,1; *Noche* II, 21,8

⁶ Cfr. JUAN DE LA CRUZ. *Llama de amor viva* B 3,23

⁷ Una vez más el texto litúrgico no dice lo que el original griego dice: «*Y sucedió que mientras él estaba orando a solas, se hallaban con él los discípulos y él les preguntó...*»

⁸ Cfr. FRAY MARCOS. *Jesucristo, genial integración del Jesús histórico y el Cristo de la fe*. En www.feadulta.com